

LA POESÍA DE ABELARDO VÁZQUEZ

Raúl Fernando Pena

1. Semblanza

Abelardo Vázquez nació en la ciudad de Mendoza, el 13 de setiembre de 1918, en una casa de la calle Rioja al 1400, según él mismo declara en sus "Antimemorias"¹.

Sus padres, José María Vázquez y Paulina González de Vázquez, poseían un campo de explotación maderera en Ñacuñán; ahí, desde los tiernos días de la infancia, el poeta tomó contacto con la tierra, que le fue revelando el encanto de sus tradiciones, particularidades de flora y fauna, y los hombres de aquel paisaje agreste, sus mayores...

Más adelante, casi adolescente, viaja con la familia a España y permanece allí diez años, nueve de los cuales transcurren en Granada. El joven cursa en esta ciudad sus estudios en el "Bachillerato de Granada" y, también en esta ciudad, vive una de las más significativas experiencias que contribuyen a su formación literaria: Abelardo Vázquez conoce a Federico García Lorca, el gran poeta granadino, y forma parte de su círculo literario, entre los poetas más jóvenes, con Gerardo Rosales, el hermano de Luis. Comparten así largas veladas en un anexo del Café Suizo, donde en una oportunidad Lorca les leyó su *Romancero Gitano*.

Debido al estallido de la guerra civil española en el año 1936, y por las consecuencias que trajo, la familia Vázquez decide regresar a la Argentina.

¹ En: *El Diario*. Mendoza, 14 de setiembre de 1968, p. 13.

Ya en Mendoza, en el año 1942, aparece su primer libro, titulado *Advenimiento*², obra cuyo título original fuera *Los poemas del aprendiz enamorado*: de él se infiere la temática que aborda.

En 1943 el poeta inicia una etapa de difusión de los valores culturales, no sólo de Mendoza, sino también de Cuyo. Este proyecto, que se denominó "El Grupo Pámpano", fue revista gráfica primero, luego revista oral y finalmente sello editorial³.

La revista *Pámpano* significó un espacio abierto a todos los escritores del medio, sin ningún tipo de privilegios, ya que se constriñó a la difusión de sus obras y evitó ser usada para promocionarse o promocionar preferencias individuales.

A fines de 1944, Abelardo Vázquez viaja a Chile y se encuentra con el poeta Pablo Neruda. En el poema "Bebo con Pablo y amo con Chile" recuerda esta experiencia:

He de volver al diálogo con Pablo
que me lea y me hable de sus versos
mientras el vino canta en las botellas
la cueca que bailaste por mi sangre
désnuda y tan vestida de mi Chile.

Según Ana Freidemberg de Villalba⁴, a partir de este encuentro el poeta mendocino experimenta un nuevo interés y se afirma en una nueva dimensión de su poesía: el paisaje nativo, la temática regional: "De esta época nace su interés por lo que podía aportar la veta telúrica a su poesía. Durante años atesorará un puñado de *Poemas para Mendoza*". Sin em-

² Mendoza, Ediciones Pámpano, 1942.

³ Cf. Raúl Fernando Pena. "Trascendencia de la Revista *Pámpano*". En: Diario *Los Andes*. Mendoza, 8 de junio de 1986.

⁴ "Amor, pasión y muerte en Abelardo Vázquez". En: *Dialogismos; Temas y engranajes sobre escritores mendocinos contemporáneos*. Mendoza, EDIUNC, 1997, pp. 48-54.

bargo, recién en 1959 los editará la Biblioteca Pública General San Martín como uno de los "Cuadernos de Versión"⁵.

En 1950 aparece *La Danza Inmóvil*⁶ que, junto con la *Segunda Danza*⁷, constituyen la recreación de un tema clásico: la "danza macabra", la "danza de la muerte", que él prefiere denominar "danza inmóvil". *Segunda Danza* mereció el primer premio en el Concurso Bienal de Literatura organizado por la provincia de Mendoza.

En 1958 aparece un nuevo libro, *Tercera fundación de Buenos Aires*⁸, que significa un matiz diferente en la poesía de Vázquez: la aventura de *fundar* -poéticamente- la ciudad de Buenos Aires, intención que se reiterará con *Buenos Aires en las malas*⁹, de 1963. Este motivo se relaciona con la estadía del poeta en la capital y las experiencias vividas allí.

En *Los Andes* dominical del 7 de julio de 1963, en el espacio "Notas y comentarios de libros y autores", aparece una reseña de *Buenos Aires en las malas*:

Abelardo Vázquez en la calle era un poeta de todos. Pero en el libro, antes, podía ser sólo de unos pocos. Su órbita estética tan legítima como la presente, era difícil de alcanzar para los menos. De repente, imprevistamente, Abelardo Vázquez ha dado un giro de ciento ochenta grados: es en el libro el poeta que es en la calle. Hoy lo pueden leer muchos más. Y cada cual puede gustarlo de acuerdo a lo que busque y de acuerdo a sus posibilidades.

En noviembre de 1995, Ediciones Culturales de Mendoza imprimió

⁵ *Poemas para Mendoza*. Mendoza, Ediciones Biblioteca San Martín, 1959.

⁶ Mendoza, D'Accurzio, 1950.

⁷ Mendoza, D'Accurzio, 1959.

⁸ Mendoza, Dirección Provincial de Cultura, 1958.

⁹ Mendoza, Pámpano, 1963.

el *Libro del amor y el vino*¹⁰, poemario póstumo de Abelardo Vázquez, en una edición que estuvo al cuidado de Adelina Lo Bue, autora también de un breve prólogo en el que se aclara

El Libro del amor y el vino es un hallazgo en el anaquel de una biblioteca [...] Escrito en 1974, se publica hoy a nueve años de la desaparición de su autor. Un acontecimiento para las letras de Mendoza [...] Quien cantó Poemas para Mendoza deja ahora un mensaje casi autobiográfico, esencial, una forma de ser ante el mundo, una correspondencia¹¹.

Cabe agregar que aún permanece inédito otro libro del poeta: *Otoño en Bermejo*.

Además de la importancia de su obra poética, Vázquez volcó su creatividad y talento en la dirección artística de la fiesta mayor de Mendoza, la Fiesta de la Vendimia. Esta tarea se desarrolló principalmente en la década del '60; sin embargo, en el año 1958 ya figura su nombre en la conformación del libreto, junto con Antonio Di Benedetto y Alberto Rodríguez (hijo).

No sólo la gracia y originalidad de sus libretos, sino el sentido casi litúrgico que daba a la celebración del vino, hizo que se lo llamara "El poeta del vino". De sus fiestas, entre otras podemos citar "Vendimia mágica" (1969), "Vendimia de cristal" (1971), "Vendimia de América" (1972), "Vendimia fantástica" (1973) y "Vendimia del agua fecunda" (1976). Vamos a recordar especialmente la fiesta de 1963, debido a que coincide con la fecha en que se impone al Teatro Griego el nombre de "Frank Romero Day", en homenaje a quien creara la Fiesta de la Vendimia, durante el gobierno del Dr. Guillermo Cano.

El primer texto del libreto es una estampa coral de Abelardo Vázquez con música de Alfredo Dino y se titula "Encuentro con el duende del vino". El texto siguiente fue "Marco Polo en el lago de las reinas; Ballet de Oriente y Occidente", original de Abelardo Vázquez, con creaciones

¹⁰ Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 1995.

¹¹ *Ibid.*, p. 7.

coreográficas y encuadre musical de Fernando Colome. Finalmente, “La viña junto al camino”, libro de Abelardo Vázquez con creaciones coreográficas y dirección artística de Santiago Vidal. Se trata de un texto matizado con hermosas coplas, como las siguientes:

Nunca plantes la viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
corta un racimo.

Nunca se junte, mozo,
con moza verde,
una vez que madura
tal vez la pierde.

Sus libros poéticos, su labor radial, la Vendimia y su inmenso amor por Mendoza hacen del poeta Abelardo Vázquez una figura destacada en el quehacer cultural de la región.

2. Algunas constantes temáticas en la poesía de Abelardo Vázquez

Hay ciertos temas que bien pueden considerarse una constante en la obra de Vázquez; son éstos el amor, la muerte, el vino, el paisaje y el hombre, con una vaga sensación de desamparo frente al rigor de la vida y la convicción de la muerte y, finalmente, el poeta, que rescata en el amor y el espíritu del vino destellos de alegría y aliento para vivir. Si bien algunos de estos temas se concentran con mayor intensidad en determinadas obras -la muerte en las *Danzas*, el amor y el vino en el libro homónimo- al observar la obra completa parecen entrelazarse y confundirse, intengrando un modo de ser, de sentir y de decir unitario.

Por otra parte, estos temas hallan cabal expresión en un lenguaje poético, en el que palabras como “demorado”, “separado”, “sólo” y “junto” también se unen y se combinan, logrando con frecuencia efectos especiales con valor espacial y temporal. Por ejemplo, en su tan sentida “Vigilia de Guaymallén”, de *Poemas para Mendoza*, la palabra

“demorada” es la marca del tiempo detenido en el instante que permanece la visión del pájaro y es el nexo que vincula el hoy con los ayeres del adobe, la “luz de adobe” de la Mendoza antigua¹².

También en la *Segunda Danza*, en el poema “La sombra y su estructura”, encontramos un verso que dice “Demorando el eco de la sombra sumergida”; en él, el gerundio prolonga el momento y la imagen crece, unida a la sinestesia “eco de la sombra”; además, el valor del adjetivo “sumergida” acrecienta la magnitud de la sombra y el impacto de ese eco mudo de espanto, de angustia contenida por el acecho inexorable de la muerte.

En “El jardinero de la sangre inmóvil” aparece una idea análoga, incluida en la metáfora “¡También el cielo muere! Muere el oro / de la moneda eterna que demora / de mano en mano en la región más pura”. Aquí, el verbo refuerza el peso que sugiere la eternidad. Y en “Danza del arquitecto de los sueños”, el poema se inicia con una afirmación: “En verdad, el sueño es otra muerte demorada / que inventa nuestra sangre para el tiempo”, que es afirmación de amplio valor sugerente: la preocupación por el fluir permanente del tiempo, la necesidad de remediar el horror de la muerte como final y la imperiosa necesidad de creer en la eternidad. El símil sueño / muerte no es un descubrimiento del poeta, pero se reelabora en este verdadero tratado de reflexión metafísica sobre la muerte que constituyen las *Danzas*.

Finalmente, en el “Prólogo a la *Tercera Danza*”¹³ se incluye una “Posible meditación sobre el tema de la muerte”: “No se acaba. Y es anterior a la primer mirada, a la primera armonía de amor, a las sombras demoradas de la angustia o del odio”; aquí el adjetivo “demoradas” califica a las “sombras” por lo que tienen de muerte la angustia y el odio. Y es tan certera la imagen, que al valor temporal se añade la sensación

¹² En una oportunidad, hablando sobre las novelas mendocinas, Abelardo citó *La ciudad de barro*, de Alejandro Santa María Conill, como la de su preferencia y señaló el acierto de ese título pues el adobe -según su criterio- era un rasgo distintivo de la ciudad de Mendoza.

¹³ Abelardo Vázquez. *Segunda Danza. Op. cit.*

de un espacio, de la consistencia casi física que adquieren esos sentimientos con su fuerte incidencia sobre el hombre.

Como vemos, en sus famosas *Danzas* la muerte es el gran personaje, el hilo conductor de cada poema. Se trata de un tema de honda raíz medieval y, a la vez, de permanente actualidad. Es lógico que así sea. En las demás obras del poeta aparece con frecuencia la muerte, mencionada como tal o aludida a través de metáforas e imágenes diversas.

Así, en su *Libro del amor y el vino*, está presente desde el mismo título del último poema -“El vino de los muertos regresa con el canto” que concluye con los versos

Yo regreso a su copa por el viejo camino
y en cada trago vive, conversa y se despide.
Con su parte de vino él viaja a cualquier parte
y yo lo felicito, lo admiro, lo desangro
con el vino que cae por el estaño y muere.

En estos versos, el poeta se introduce en el poema y une dos grandes temas de su poesía: el vino y la muerte, tan íntimamente fusionados que “en cada trago vive” y “el vino [...] cae por el estaño y muere”. El espíritu del vino supera a la muerte.

También en la conclusión del poema “La oración del ángel del vino” los versos nos dan una gradación de la ruptura -“Rompió el cristal, la copa y la botella”- y en ella sospechamos, en el cristal, el cuerpo del hombre, y en la copa y la botella, el cuerpo del vino, pues continúa con el alma: “Dejó el alma de pie junto al estaño”.

Finalmente, une el vino y la noche, prelude de la muerte, para determinar el alma pura, esencial, junto a Dios, y cierra el poema con un clamor: “Piedad, Señor, para el que sólo bebe / bebe y sufre y sueña lo que bebe”. De este modo logra una estructura circular que ahonda el valor de los símbolos presentes en su escritura.

En el poema citado se encuentran también otras constantes de su poética, en las que se podría suponer ciertos caracteres autobiográficos y una identificación con ese hombre que puede ser cualquiera, él, o simplemente todos...

El alma humana y el espíritu del vino se fusionan, experimentan una

transposición de valores esenciales que los identifican. Esas “Botellas con el alma en desalajo / etiquetas vencidas y sombreros / de viejos sedimentos” reflejan el cuerpo del vino despojando de su espíritu, y esa prisión alude igualmente al hombre cautivo de su cuerpo, como el vino, del cristal.

Un hombre que es “Pedro, piedra o primavera” confirma el sentido genérico de la palabra hombre. En los versos siguientes hay casi una definición:

Fue su costumbre cepa y siglos juntos
hijos, trabajo, tragos y camisas
un corcho el corazón que todos pisan
y un vegetal esclavo entre polleras.

Aquí el término “costumbre”, sumado a “siglos”, señala lo cotidiano y permanente; las figuras siguientes -“hijos, trabajo, tragos y camisas”- insisten en configurar lo cotidiano. Pero hay un corazón que es víctima de las circunstancias, un corazón sensible e incomprendido, débil, que se define como “un vegetal esclavo entre polleras”. El vegetal es la vid y, nuevamente, el vino es ingrediente del amor, consuelo de la vida.

En lo sucesivo, desde el valor antitético del verso “Fue presidente y juez y siempre pobre”, el poeta parece querer destacar la pureza, señalar lo puro, en este caso aproximándolo a la fe:

Piedad, Señor, para esta nada pura
que siempre que rezaba te bebía.
El es tu sangre, sangre milagrera
apasionada y débil como un sauce
sauce que por las noches se derrama
en las iglesias de color bodega.

En los versos finales, tiempo y espacio parecen unirse para reflejar el trance de la muerte y la salvación por la pureza del personaje. El cristal es la vida que se quiebra, luego la noche se une al vino y se separa de él para acercarlo a Dios. Y termina el poema con la súplica por aquel que

bebe, sufre y sueña, que no es más que el hombre puro, esencial, con su dolor y su esperanza.

3. Luz y sombra en la poesía de Abelardo Vázquez

Abelardo Vázquez prefiere en sus poemas las horas de la tarde, la noche y con frecuencia, el alba. El alba como símbolo de esperanza, anuncio de la luz, y también por la indefinición propia de su estado de tránsito hacia la luz, por la demora de las sombras.

En las *Danzas*, la sombra reina plenamente en los poemas: avanza, crece y se multiplica gradualmente. El mar es el gran escenario, el único paisaje concreto. Otros paisajes, jardines recordados o tal vez soñados de infancia y tiempos idos, espacios donde habita el amor y la vida, son expresados en imágenes que sugieren lo efímero, rodeados de sombras severas que adquieren diversas formas y lo invaden todo, abarcándolo en la noche que es la muerte.

Ojos y ventanas ciegos impiden el arribo de la luz, su permanencia. Sólo hay brillos esporádicos con forma de destellos, resplandores o racimos incendiados de estrellas. La luna, a pesar de su lumbre, es ojo que acecha y vigila, marcando el sino de lo perecedero.

En este espacio oscuro, de mar, arena y sombra, el hombre transita frágil, como un bailarín a veces, como un náufrago, la mayoría. Estas figuras de bailarín y de náufrago representan su desamparo, su fragilidad, en la ciega marea fatal que las circunda.

Otras veces la rosa, con su condición bella y efímera, es la carne inocente de los niños, el amor o alguna instancia de dicha en esta corta vida que avanza hacia la sombra. Precisamente, en los versos de "La sombra y su estructura" puede advertirse la combinación de todos estos símbolos, combinados por esa intención insistente de nombrar la muerte como marco de toda acción vivida:

Y cabe en él la vida y su sentido
como una flor bajo la nieve alzada,
gritando entre paredes, derramando

por las grietas del alba sus pisadas.
 Y cabe el corazón, su mundo cabe
 alrededor, que mando su estructura.
 En cada ola de su carne cabe
 en cada forma de su sangre muere.

En los cuatro grupos de poemas que componen la *Segunda Danza*, los poemas se estructuran según un contraste, casi permanente, de luz y sombra, de temor y esperanza, de vida y muerte. Estos contrastes con frecuencia cierran estrofas en estructuras paralelas y antitéticas, como “La propia sombra que su voz vencía / el propio resplandor que ella soñaba”; o bien, “que danzan levemente bajo el ala, / que visten cada sombra de esperanza”; o quizás, “Casi en el eco de la sombra alzada, / casi a tenor del aire, junto al alba”; o, finalmente, “que cruza tu paisaje ante los sueños / que velas en lo inmóvil como un naufrago”.

En sus *Poemas para Mendoza*, necesariamente abundan las horas de luz, pues así conviene a la intención de mostrar los perfiles característicos de cada región. La hora de la siesta en el poema “La ciudad”, por ejemplo, como un rasgo de la vida provinciana. Por su parte, la noche, la tarde y las sombras favorecen la configuración de un ámbito proclive al misterio, las creencias y la religiosidad popular, como por ejemplo en el poema “El Gaucho Cubillos”, o en “Soledad de tres tonadas”, donde el *futre* es una “sombra de repente tiritada”. También hay poemas netamente nocturnos, como “Luna en San Carlos”, “Cueca lunera”, “Noche en Maipú” e “Invierno en Las Heras”, en los que la hora elegida intenta transmitir una emoción a través de un paisaje: “Atardeciendo, flaco y agachado / llega el invierno a Las Heras / abriendo calles en la sombra fría”.

Finalmente, cuando el verso se aproxima a sus antepasados, luz y sombra se conjugan con las distintas etapas de la vida: luz en la infancia y juventud, sombra en el ocaso, la muerte y el recuerdo, como podemos apreciar en el poema “Don Tomás González”, dedicado a su abuelo criollo, la raíz que determina el acervo de esta veta telúrica que lo lleva a presentar a Mendoza como una cuidada combinación de paisajes, estampas, creencias y recuerdos:

Oh tiempos.
Era mi abuelo
y era su barba nacional
bandera y cielo.
Lo vio cruzar de niño
mi alegría,
mi fe por los chañares
tan dorados
donde el alba caía
[...]

Hoy ya se fue.
Quedaron, justamente,
la sombra fría
y la centella oscura
preguntando por él.
Y un silencio de nieve
hacia las barbas
-azules y criollas-
que don Tomás González
presidía.

Hay además otro efecto de la luz, al que el poeta recurre en ocasiones: luz que además de iluminar, recrea, apuntando a la esencia de las cosas típicas de su Mendoza, como podemos apreciar en el poema "La ciudad", también de *Poemas para Mendoza*:

Arcángeles con un ala en el silencio
vigilan el arroje, la luz morada a puertas
de lagares, la pulcritud de conmovidas chacras
al nacimiento de Mendoza, entre perfumes [...]

La "luz morada" es indudablemente la luz del vino; de allí en más, toda imagen visual conlleva una emoción particular; así "la hora azul de los canales de humo y agua"; o "calles color abandono" o "aquí creció la sombra verde / aquí creció la luna hasta el adobe". Estas imágenes -po-

dríamos decir “iluminadas”- resultan comprensibles para los mendocinos, que fácilmente decodifican sus símbolos.

También en “Vigilia de Guaymallén”, la “luz de adobe” es la que funda la Calle Larga, los enormes caserones, sus cornisas... en Pedro Molina, su barrio, su Pedro Molina de Guaymallén:

Allí,
 donde la luz de adobe
 cruza el cielo como una flor,
 un ala demorada,
 una calandria.
 Allí
 donde el aire cuida la mirada del agua,
 la soledad sin ojos, la vigilia,
 allí Guaymallén [...]

En el *Libro del amor y el vino*, Abelardo elige la noche como el momento ideal para ambientar sus poemas, quizás para señalar la intimidad, la reunión de elementos conjurados: vino, amor y muerte, en el instante mágico de los balances, el reposo y las concreciones. así, en la “Oración del ángel del vino”, la noche cierra el poema permitiendo el acercamiento del hombre a Dios: “Era de noche, noche y tinto juntos / y él separado y solo junto a Dios”.

La noche se asocia también con el baile: en el “Cántico para una danza de vendimia” leemos “Con el canto, la noche y las guitarras / otoño levanta el velo de la danza”; y en el poema “Junto a una virgen de Lisboa”, la noche es imprescindible para el amor:

Con paso de paloma va la luna
 el Tajo cruza pámpanos de fuego
 arde una monja como fino incienso
 y roja se deshoja en ruisseños.
 Bebía así una noche, con Madeira
 y un viejo diablo marinero y triste
 cunado Oporto me abrió las celosías
 de aquella hermosa virgen de Lisboa.

En su premiada “Danza del borracho frente al espejo”, incluida en el *Libro del amor y el vino*, la noche acontece repentinamente, como para apurar una definición: “La sombra se le vino como un poncho”. Y los versos finales repiten la fórmula antitética: “Se despertó de pronto entre dos ríos / en tinto y blanco enamorado y frío”. Como afirmamos anteriormente, la noche es amiga del vino y del amor, es la hora apropiada para ese beber distinto, “Beber ritual”, con el cual el poeta une el amor y el vino, su gusto, su estilo: “Tus cuatro estaciones son mis cuatro vinos. / Lluvia eres de otoño callada y pensativa”; o bien cuando exclama “Hoy me han dado a beber un nuevo vino / como quien ve nacer, crecer, un nuevo amor”...

En un rápido itinerario por la poesía de Abelardo Vázquez hemos advertido la reiteración de ciertos elementos que adquieren valor de símbolo, como la luz y la sombra; el uso de recurrente de ciertas estructuras antitéticas y paralelísticas y un conjunto de imágenes que vuelven una y otra vez, adensando su significado en cada repetición, todo ello en relación con una temática construida a partir de ciertos motivos nucleares, de honda resonancia antropológica y universal -el amor, el tiempo, la muerte...- pero enraizados en una circunstancia concreta, el entorno próximo y querido del poeta, esta Mendoza que amó y cantó.

RESUMEN

En la presente nota se efectúa una síntesis biográfica de Abelardo Vázquez: sus años de formación en España, el recuento de su producción poética, su labor de promoción cultural a través de la revista Pámpano, su participación como libretista y organizador de la Fiesta de la Vendimia. El análisis de sus obras poéticas permite considerar el valor simbólico, de ciertos adjetivos, de las imágenes de la luz y la sombra. Asimismo, manifiesta el papel estético del uso recurrente de estructuras antitéticas y paralelísticas. Finalmente, se considera la gravitación de ciertos temas que ocupan un papel axial en su universo literario: el amor, el tiempo, la muerte.